

Delicias congeladas

TEXTO: ÁNGELA VALLVEY

Entre los grandes inventos que han contribuido de manera categórica a la liberación de la mujer está —después de la lavadora, el lavaplatos, las guarderías, etcétera— la congelación. Sólo tenemos que pensar en esas amas de casa trabajadoras que arrastran su cansancio de la oficina al hogar hasta toparse, al final de su jornada, con un marido y un crío hambrientos y gruñones, e inútiles en la cocina, y nos daremos cuenta de que la congelación supone un gran paso adelante para las mujeres, o sea: para la humanidad.

Imaginad: la mujer abre la puerta. Mira a su cónyuge. Los ojos de él brillan de gula y ansiedad. No es que no “pueda” compartir las tareas de la casa con su esposa, es que es un torpe, y además no da la gana hacer nada. Su mamá jamás le enseñó a cocinar porque tenía pánico de que incendiara la cocina. Y ahora sería capaz de morir de hambre antes que intentar freír un huevo.

La mujer observa a su hijo. Los ojos del niño tienen el mismo tono, y los mismos dibujos, que la pantalla de la videoconsola. La mujer suspira, derrotada. Entra en la cocina y mira desesperada a su alrededor. De repente una lucecita le ilumina el semblante: ¡allí está el congelador!, lleno de pizzas pringosas, croquetas de jamón y los restos de la comida china que pidieron por teléfono hace tres semanas. La mujer respira aliviada: la cena estará lista dentro de veinte minutos, y le dará tiempo incluso a darse una ducha antes de irse a dormir.

No hay duda, ¿qué sería de nosotras sin un buen congelador? Un congelador ofrece más ayuda que un buen marido, incluso. Y es responsable, no se queja y cumple con su parte sin rechistar.

Pues bien, los beneficios de la congelación han alcanzado también nuestro útero. Según Christy Jones, que ha fundado la empresa “Extended Fertility”, las mujeres podremos tener un hijo cuando lo deseemos, incluso pasados los 40, a condición de que congelemos nuestros óvulos mientras seamos jóvenes. Desde luego,

la señorita Jones piensa en hacer un bonito “business” a costa del tardío acceso de las mujeres actuales a la maternidad, pero no hay duda: su invento hará felices a muchas mujeres que ven —entre la impotencia, la amargura y la estupefacción— cómo va pasando el tiempo y no encuentran el momento (ni, sobre todo, el padre adecuado) para los hijos que anhelan tener. Los óvulos envejecen y no hay cremas que alivien el paso del tiempo por el útero. No hay retinoles que valgan para nuestras entrañas. Los radicales libres (esos que tienen nombre de facción terrorista callejera) camparán a su antojo por nuestra tripita y dejarán sus estragos inexorablemente. No hay ungüentos que puedan evitarlo, ni anuncios en la tele que digan: “soy un útero de más de cuarenta años, pero aparento diez menos gracias a la crema Prouter-new, y sigo estando tan activo y flamante como cuando tenía veinte años”. Los óvulos, con la edad, pierden calidad, frescura, se vuelven defectuosos, cansados, poco propicios a la fecundación.

La solución: mételos en el congelador. Detén tu reloj biológico. Sácalos cuando sea el momento adecuado, igual que las amas de casa hacen con la pizza de la cena. Pero ten en cuenta que, cuanto antes los congeles, mejor, que a cierta edad ya es demasiado tarde. Y que el proceso es carísimo. Y que cuanto más lozano está tu útero, más joven eres tú. Y que, cuanto más joven eres tú, menos dinero tienes para emplearlo en tus óvulos (¡estando como está el precio de la vivienda, además!), y menos tiempo dedicas a pensar sobre el paso del tiempo en tus óvulos...

Ay... Pues eso. •

ÁNGELA VALLVEY

Ciudad Real, España, 1964. Escritora, su libro más reciente es la novela *La ciudad del Diablo*, publicada por Destino.